

Páginas Excluidas

Manuel Rojas

Sobre el Hijo de Ladrón

“Uso exclusivo Vitamet,
Biblioteca Virtual 2004”

SOBRE HIJO DE LADRON

He hablado, en “Algo sobre mi experiencia literaria” (*El árbol siempre verde*), de este libro. De todos los míos, es el que más me ha dado que hacer, no sólo porque demoré muchos años en escribirlo, sino también porque después, ya publicado, ha tenido una azarosa vida. En 1936, el 23 de agosto, murió María Baeza, la madre de mis seis hijos. Quedé viudo y con tres niños, la mayor de los cuales sólo contaba siete años. No sólo perdí a mi mujer, lo que me causó gran quebranto, sino también su aporte económico. Tenía que sacar de alguna parte, de donde fuera, el dinero que me faltaba. Solicité trabajo en la Editorial Ercilla. Laureano Rodrigo, su creador y gerente, me preguntó:

“¿Cuánto quiere ganar?”. Le contesté quinientos pesos. Era casi el sueldo que María, como profesora-directora de una escuela ganaba en los días de su muerte. “Delo por hecho”, me respondió aquel extraño y atrayente hombre. “¿Qué trabajo me va a dar y a qué hora?”, pregunté. (Yo trabajaba en la Universidad de Chile). Ya lo veremos”. Cuando fundó la editorial, años antes de aquella fecha, muchas personas se presentaron con traducciones. Les dijo que no las necesitaba, y era verdad, pero insistieron en vendérselas. ¿Qué podía hacer un traductor aficionado, con la traducción hecha, en un país de habla española de aquella época? Rodrigo compró esas traducciones por docenas y a precios bajísimos, casi por hacer un favor a los traductores. No las utilizó. Las compró sin leerlas y las fue metiendo en

cajones y baúles. Su editorial creció, sin embargo, y llegó un momento en que los libros que tenía para publicar se le hicieron poco. Una rotativa que compró devoraba los libros en minutos; necesitó más. Se acordó entonces de los baúles y de los cajones. Hojeó algunas traducciones y vio que, en su mayoría, estaban mal hechas. Pensó en que era necesario que, por lo menos, fueran puestas en buen español. A las primeras traducciones se habían agregado otras, hechas éstas por personas que trabajaban en la editorial. No eran las mejores. Uno de los traductores de francés hacía su trabajo de manera muy cómoda: se sentaba ante la máquina de escribir con un montón de carillas y el libro al lado y traducía tan ligero como teclaba. Cuando encontraba palabras, locuciones o frases que no podía traducir, dejaba en la carilla un blanco conveniente y seguía; esos blancos iban a las linotipias y que era raro ver a los linotipistas llegar a la sala de los correctores de pruebas a preguntar: ‘¿Qué debo poner aquí?’. Los correctores pedían el original francés y arreglaban como mejor podían lo que faltaba. Se dice que ese traductor, que es también historiador literario, no lee los libros de que trata en sus historias tal como los lee todo el mundo, de izquierda a derecha, no, sino en sentido diagonal, de una esquina alta a otra esquina contraria y baja. Se demoraba menos y, al parecer, se enteraba lo mismo, aunque en sentido diagonal. Pero hay gente de tan mala lengua... Otros, que traducían o habían traducido del inglés, del francés, del alemán y del idioma que fuese, porque se atrevían a todo, ponían, al verse urgidos, las palabras que primero se les ocurrían. Todo menos consultar un diccionario. En una biografía del Aguilucho pude leer: “El príncipe se cabrio”. Quedé pasmado. ¿Cómo un historiador francés podía hablar o escribir en forma tan vulgar? Solicité el original francés, que, por suerte, Laureano siempre conservó junto con la traducción, y leí: Le prince s’est cabré. Miré el diccionario: cabrer significa irritarse o encabritarse. El traductor había elegido lo que le resultó más fácil: encabritarse, cabrearse. Laureano Rodrigo me dio ese trabajo: corregir las traducciones. Durante algún tiempo vagué por un mundo ciego locura, sobre todo cuando las traducciones eran del alemán, idioma del que no puedo leer ni

entender más que la palabra *germany* y a lo sumo Berlín. Pedí permiso a la Universidad para salir más temprano en las tardes, me lo dieron y me sumergí en el *mare mágnum*. Cuando me cansé o terminé con todo, conseguí un puesto de redactor en el diario *Las Últimas Noticias*. Era un redactor libre; tenía que escribir tres artículos semanales. No recuerdo cuánto ganaba, pero no debe haber sido mucho, porque muy pronto decidí pedir un aumento de sueldo. Consulté el caso con el director, quien me dijo que los aumentos los autorizaba únicamente el gerente de la empresa o su presidente. ¿Cómo llegar a ellos sin exponerme a antecámaras vergonzantes o a rotundos rechazos? Hablé con Armando Donoso, secretario de *El Mercurio*. “¡Pero, hombre —me dijo—, escríbale a don fulano; es muy generoso y yo hablaré con él!”. Estuve horas escribiendo una carta; quería que saliera perfecta, cada coma y cada palabra en su lugar y ni una más ni menos. La terminé y la leí después de uno o dos días de descanso: nunca había escrito ni volví a escribir nada tan bueno. Creo que si hubiese publicado entonces me habrían dado, antes que a ningún otro escritor, el Premio Nacional de Literatura. Recibí un aumento de cincuenta pesos. Jamás he escrito nada tan barato ni tan perdido.

Junto con esos trabajos conseguí otro. Un amigo que trabajaba en el Hipódromo Chile me recomendó y me dieron un puesto: calculista. Fui a ver de qué se trataba; había que sumar, inmediatamente después de cada carrera y al mismo tiempo que otros para poder así controlar los resultados de cada uno y de todos, los millares, cientos de millares y a veces millones de boletos vendidos. Obtenido el total era preciso multiplicar por 18, que era la suma del porcentaje de los descuentos legales que tenía cada boleto, restarle al total lo resultante y dividir lo que quedaba por el número de boletos de los caballos triunfadores. Me hicieron una prueba, casi me quedé dormido sumando, restando, multiplicando y dividiendo; la operación debía ser hecha en doce minutos. Me eligieron que si los resultados no se daban en el tiempo acostumbrado, el público empezaba a romper cuanto había de rompible en el recinto del Hipódromo Chile; no podían exponerse a semejante cosa por simpatía hacia

mi persona y me dieron otro empleo: vendedor de cartillas. Vendí cartillas durante años. Empecé, creo, en el mes de diciembre de 1937. En una sala pequeña, en el edificio en que se halla el Hotel Victoria, en San Antonio esquina de Huérfanos, se amontonaban cien o trescientas personas que gritaban, discutían, fumaban, escupían, comían sandwiches, compraban cartillas e insultaban a los vendedores, que estábamos, como presos, detrás de una reja y hablando por unas ventanillas. Déme cien pesos a Monsieur Bucaré". "¿Cómo?". Monsieur Bucaré". El caballo se llamaba Monsieur Beaucaire. (Un día de verano, en tanto que trataba de despachar una larga fila de clientes, oí que en la caja del lado alguien protestaba de su mala suerte y del trabajo. No oí bien lo que dijo, pero sí oí que alguien le replicaba: "¿De qué te quejas?". ¿No ves ahí a Manuel Rojas, calladito, vendiendo cartillas?". El que protestaba se calló, como sorprendido, y un momento después sentí que alguien golpeaba la reja de la caja. Miré: era el novelista Juan Barros, el autor de *María la grande* y de *El zapato chino*. "¿Usted también aquí, compañero?". Le respondí, con una triste mueca, mientras me secaba el sudor de la frente: "¿Qué quiere que le haga?". Juan Barros imprimía por su cuenta las novelas y luego iba a venderlas a las estaciones de ferrocarril y creo que hasta en los trenes. Un día me consultó sobre el título que debería ponerle a una novela en que presentaba a un hombre que vivía con dos mujeres al mismo tiempo. Quería un título popular y quedamos en que la novela se llamaría *De a dos al hacha*. No la publicó. (Poco después de conocerlo murió de un derrame.) La jornada empezaba los días anteriores a la carrera, a las dos de la tarde —aunque en verdad empezaba, si las carreras eran el día domingo, el viernes en la tarde—y duraba hasta las nueve de la noche. Al final teníamos que contar el dinero, separarlo por unidades de un mismo valor, hacer una pequeña planilla indicando las cantidades de billetes de a mil pesos, de a quinientos, de a cien, etcétera, además del sencillo, monedas de a peso, de a veinte, de a diez y de cinco centavos. Después debíamos presentarnos ante unos empleados que habían llevado cuenta de lo vendido y de lo que debíamos entregar. Si faltaban diez pesos o cinco o

cincuenta centavos, lo mejor era pagar e irse, pero si faltaban cientos o miles de pesos, la lata era espantosa: había que hacer de nuevo las cuentas y revisar las cifras que ellos tenían, contar de nuevo la plata, y no era raro que uno se hubiera equivocado, cobrando menos boletos de los que había vendido, y tuviese que pagar; otras veces teníamos que ir, al día siguiente, a la cancha a buscar allí, de alguna manera, el error. A veces salíamos a las diez u once de la noche. (De canillero pasé a lo que se llama ‘desarrollo’, o sea, al intrincado camino de las cartillas jugadas. Manejé durante años una máquina sumadora eléctrica que imprimía, gracias a un teclado de diez números, sobre grandes carillas y a dos columnas, el número de la cartilla ganadora y la cantidad ganada. Muchos días de fiesta y festivos y muchos días de vísperas de festivos y de fiestas quedaron sepultados allí). Trabajé en el Hipódromo durante dieciséis años. Jubilé con una renta que hoy —6 de octubre de 1961— alcanza a siete escudos mensuales, de los cuales a veces percibo cinco, y otras, tres. Pero tenía que hacer frente a mis compromisos lo hice en la medida en que fui capaz.

Entre esos años, un poco antes o un poco después de cada uno de ellos, empecé a querer (no digo a pensar) escribir una novela. Si he de decir la verdad, no sabía exactamente lo que deseaba. Sólo pretendía aprovechar algunas experiencias propias y otras ajenas, describir seres y ambientes, expresar, como pudiera, los sentimientos o las reflexiones que todo ello podía producir. Conservo cuadernos en que hay apuntes y tentativas de agrupamientos de individuos o de hechos, movimientos. Todo se me presentaba, y de un modo confuso, como una enorme masa de materiales indiscriminados: allí había de todo y no todo se podía aprovechar y era necesario elegir lo esencial, especialmente lo que tuviese que ver, directa o indirectamente, con el desarrollo de una personalidad dentro de un determinado ambiente. No todos los personajes habían existido al mismo tiempo, no; habían existido, o existían aún, en Buenos Aires o en Santiago, en Mendoza o en Rosario, en Valparaíso o en Punta arenas o en otros pueblos o ciudades de Chile y de la Argentina; me escribían desde Concepción o desde Lima, y otros, que yo

creía muertos, aparecían, desde el fondo de esa masa, más vivos, más hambrientos, más derrotados que nunca. Algunos estaban ya en cuentos míos, pero sin estilización, como personajes de segunda categoría, y era preciso estilizarlos; lo valían. Con los hechos ocurría igual cosa. Tampoco se habían desarrollado al mismo tiempo. Muchos habían ocurrido treinta años atrás y otros ayer no más. Por fin, después de algún tiempo, fui sacando de allí, como a tirones, algunos hechos y algunos personajes, tiempos separados por intervalos y tiempos que era necesario trabajar; en total, diecisiete o dieciocho años. Los personajes tuvieron que resucitar o morir, y los hechos, retroceder o avanzar. El que mandaba era yo, aunque no estaba muy seguro de lo que había que hacer. Llegó un momento en que me pareció que ya podía empezar y empecé. Trabajo empezado, a medias terminado, dice un refrán que me gusta mucho.

Pero una cosa es tener todo el material necesario en la mano o en la cabeza y otra cosa es distribuirlo bien, poniendo cada elemento o parte en el sitio que le corresponde. ¿Por dónde empezar? Hice varias tentativas, entre ellas una que se publicó en la revista *Babel* con el título de “Ensayo de la mañana”. Algo me dijo que ése no era el verdadero principio, que había que buscar otro; lo dejé de lado. Se adelantaba al tiempo. Entretanto, e inesperadamente, empecé otra novela, cuyo primer capítulo, “Muerte en otoño”, se publicó también en *Babel*. También la dejé de lado. No era eso lo que quería, aunque el tema me gustaba, sin que dejara de preocuparme lo difícil de su desarrollo: la base estaba en el aire y no me gusta tener nada al aire. Ya he dicho, en “Algo de mi experiencia literaria”, lo que me ocurrió con esos dos trozos. Tuve una gran sorpresa cuando me di cuenta de lo que había escrito. ¿De dónde había sacado esa manera de escribir? ¿Dónde la había aprendido? ¿Por qué había cambiado tanto?... me di cuenta de que tenía la tendencia a examinar las cosas, los seres y los hechos de una manera diferente a como los examinaba antes, aunque antes no los examinaba; simplemente, los describía, los presentaba, sin estilizarlos, sin sacarles todo el valor que tenían. Al mismo tiempo, advertí que los relacionaba entre sí, más que de un modo inteligente, de

un modo emocional, no escapando a esa tendencia ni siquiera lo que de por sí parece no tener emoción: los muebles de una pieza, por ejemplo, o el sonido de la sirena de una fábrica. Todo ello daba la impresión de que, más que la descripción de los hechos, los seres y las cosas, me interesaba la sensación que producían. ¿Era bueno eso, era malo? No lo supe, pero me gustó. Había allí un elemento o una fuerza que, aunque desconocida para mí, no podía ser sino mía, y esa fuerza era la que examinaba todo de cierta manera especial e iba uniendo todo de otra cierta manera también especial, una fuerza o elemento que tenía criterio, gusto, preferencias, ya que rechazaba todo lo que no tenía lo que ella deseaba o buscaba, color, sonido, significación, densidad o sensibilidad, creando con todo un clima a satisfacción de su criterio y de su gusto y de sus preferencias. Descubrí, con gran sorpresa, que el resultado estaba de acuerdo con mi modo natural de pensar, de divagar, de reflexionar y de recordar, un modo en que entra todo, lo inteligente y lo sensible, tal vez más lo sensible que lo inteligente, lo lógico y lo especulativo y también lo inconsciente y lo absurdo, un modo en que a veces los seres, las cosas y los hechos pasan y vuelven a pasar, uniéndose entre sí de una manera imperceptible. Aparecían cualidades sensibles desconocidas por mí hasta ese momento —quise decir, en lo que escribía— y me pareció que mi mente había sufrido algún cambio, un cambio que pudo haber ocurrido antes y que yo recién advertía. (Artículo citado.)

Decir que había inventado, creado por mí mismo, esa forma de expresión, parecía lo más natural, pero no creo que fuese así. Inconscientemente el escritor va aprendiendo de otros (mejor sería que lo aprendiera conscientemente) y aunque no imite ni se proponga hacer lo de los demás, su trabajo se enriquece con elementos o con recursos o con formas que halla en sus lecturas a todo lo cual agrega sus propios descubrimientos o sus propias pequeñas creaciones, que pueden ser mínimos, pero que, por mínimos que sean, algunas veces sirven de base o de enlace a los demás.

Pero ésta no es más que una digresión. Volvamos a la novela

Cuando era muy niño, quizá de siete u ocho años, mi madre y yo vivimos, en Buenos Aires, en una casa que he recordado en imágenes de infancia, esa casa de la Calle Estados Unidos que estaba frente a un alfalfar. En esa casa vivía, en dos o tres habitaciones, no recuerdo bien, una familia compuesta de un español llamado Aniceto Hevia, su mujer, Carolina, chilena, tres muchachas, Carmen, hija de Carolina, Natalia y Sara, además de un muchacho, Luis. No supe, ni sé quién había sido el padre de Carmen, pero sí sé quién era el padre de los demás: Aniceto Hevia, apodado “El Gallego”, ladrón nocturno. Esa familia aparece al final del libro a que recién he hecho referencia cuando cuento la historia de Sara, quien, en otra casa, mataba los pollos al correr y me echaba la culpa a mí. Ignoro cuándo y cómo mi madre conoció a Carolina ya Aniceto. Eran paisanas, compatriotas, y ése puede ser un buen motivo, aunque, por supuesto, no es suficiente; pero no hay más datos. ¿Cuándo supe que El Gallego era ladrón? Un día en que apareció la policía y se llevó a toda la familia, excepto a Aniceto, que no estaba en la casa. Lo supe todo y de seguro no me importó nada saberlo. Los muchachos del pueblo, del bajo pueblo, nos impresionamos menos que otros muchachos con ciertos hechos; nos parecen naturales, mucho más si los que los realizan son personas por quienes sentimos aprecio o admiración. Debo confesar, de soslayo, que yo admiraba al Gallego. Una vez lo llevaron preso y desapareció unos meses; escribió cartas desde alguna parte y luego volvió, y volvió con unas hermosas barbas. Por aquella época, según creo recordar, el gobierno argentino dictó una ley llamada Ley de Residencia, que le permitía expulsar del país a cualquier persona que considerara indeseable, ladrones reincidentes, tratantes de blancas, anarquistas, estafadores, etcétera. Aniceto Hevia fue uno de los primeros en ser expulsado y, también, uno de los primeros en volver. ¿Cómo volvió? No lo sé. Quizá con nuevos papeles, que alguien le hizo por ahí, y con esas barbas, desconocidas de la policía, pudo pasar sin despertar sospechas. Es posible también que entrara a escondidas. (Años después supe que muchos de los deportados se quedaban en Montevideo y que a veces otros individuos, que ya estaban en esa ciudad,

seguían viaje en el barco con el pasaje del que se quedaba. Eso por lo menos me contó el anarquista argentino Alejo Pica, que estuvo en Chile por el año 1916. Fue muy amigo de González Vera). Todo esto, que veía y sabía, me produjo admiración y se quedó en mi mente. Cuando decidí escribir esta novela me di cuenta, en tanto pensaba en los materiales de que disponía, de que en esa familia tenía una rica yeta. Me serviría de punto de partida y hasta de base. Sin embargo, ignoraba el destino de ella, lo ignoro hasta ahora. (Cuando, en 1958 y en 1960, después de treinta y cuatro y treinta y seis años, respectivamente, de ausencia, volví a Buenos Aires, aparecieron los seres más inesperados, entre ellos esa familia de Rosario, de que hablé antes, y David, a quien también me he referido. La publicación de fotografías en diarios y revistas, amén de entrevistas, lograron eso. En la última fecha, después de una entrevista por televisión, esperé que aparecieran muchos más —hay trescientos mil aparatos de televisión en Buenos Aires—, entre ellos algún Hevia, Luis, por lo menos, que era el menor y de quien fui compañero de juegos y de colegio —aún conservo una fotografía en que estamos los dos, juntos con otros niños, en una escuela pública—, pero no apareció) ¿Qué hacer? Poco a poco todo fue delineándose y decidí, por último, convertirme en Luis Hevia, un Luis Hevia que se llamaría como su padre y que viviría, con el nombre de su padre, la a medias imaginaria y a medias real infancia que le iba a dar, y, después, una ya imaginaria parte de su adolescencia, hasta el momento en que Manuel Rojas tomaría su lugar y su nombre. Luis Hevia termina su papel, real o imaginario, en el momento en que vuelve, una vez terminadas las cosechas, a la casa familiar, no encuentra a nadie y decide abandonar Buenos Aires. De ahí en adelante Manuel Rojas vive también una real o imaginaria vida. Los movimientos son ya míos y la personalidad es la de él, aunque sólo hasta cierto punto; está repartida. Yo puse lo que era mío, la sensibilidad, además de hechos que Luis Hevia no conoció. Hice desaparecer a las hermanas, puse en reemplazo cuatro hermanos —después me arrepentí de haber puesto tantos, pero ya no podía retirarlos—, y me lancé a la pelea.

Tenía, como he dicho, mis movimientos y una familia, pero eso no era toda la novela; faltaba algo más y ese algo más era mucho peor que corregir traducciones de alemán o del japonés. Tenía que crear muchos individuos y completar los que tenía, adelantar o atrasar el tiempo, ya que el libro cubría cerca de veinte años de vida de un individuo, desfigurar o componer caracteres, armar o desarmar historias y crear enlaces entre todo. Y no bastaba eso: había, además, que escribir el libro. No era suficiente inventar esto o lo otro. No me apuré, sin embargo. Me tomé todo el tiempo necesario. ¿Para qué apurarme? Tenía ya experiencia y sabía que en Chile, por mucho que uno se apure, no llegará a vivir de lo que escribe —salvo que escriba muy mal— y, lo que es peor, correrá el peligro de echarse a perder.

Así escribí el libro. De los personajes que hay en él son auténticos, por orden de aparición y en la primera parte, Luis Hevia-Manuel Rojas, Aniceto Hevia y el vagabundo que Aniceto encuentra a orillas del río Aconcagua, ése que lleva unas tortugas. (El nombre civil de esa persona, que en esta novela aparece sin nombre, con el suyo propio en mi cuento “El cachorro” y con el de Patricio Reyes en *Mejor que el vino*, es el de Máximo Jeria. Lo conocí en Buenos Aires, en 1921, una tarde en que, después del ensayo de una obra con que la Compañía Mario-Padin debutaría —“Nuestras víctimas”, de Víctor Domingo Silva—, salí a la calle a descansar un poco. En el vestíbulo alguien me detuvo y me preguntó si yo era Manuel Rojas. Contesté que sí. Se presentó y me dijo que, como chileno, se interesaba por aquella compañía; había leído mi nombre en los programas y como sabía que era poeta, pues había leído un número de la revista mendocina *Ideas y Figuras* dedicado por entero a mis poesías, venía a conocerme. Nos hicimos amigos y continuamos siéndolo hasta ahora. Me contó su vida, le conté la mía, me presentó a su mujer, conocí a los dos niños que entonces tenía y cuando decidí quedarme en la Argentina vivimos juntos, primero en el pueblo de Banfield y después en el de Lanús, cerca de Buenos Aires. Dos años más tarde Máximo Jeria se trasladó a San Juan y al año siguiente yo regresé a Chile. Poco tiempo después llegó a Santiago con un hijo más; la Compañía Singer, para la cual

trabajaba, había decidido trasladarlo desde San Juan a Talca; allí le nació otro hijo. De Talca pasaron a Temuco o a Concepción, no recuerdo bien, y al cabo de unos años la familia reapareció en Santiago: Jeria se iba a Honduras, a la ciudad de San Pedro Sula, a dirigir la venta de las máquinas Singer —no sabe más que vender máquinas de esa marca y creo que morirá ofreciendo agujas, correas, motores, aceite, facilidades de pago, profesoras de bordado, todo de Singer—; dejó la familia y se fue. Desde allá mandó fotografías: se le admiraba vestido de blanco y delante de unas matas de plátano. Parecía un gerente de la United Fruit Co. Un día, su mujer, Ángela, que aparece también, por lo menos nombrada, en mi cuento "El Cachorro", contó a María Baeza que no se sentía bien. Lo supe, me asusté y hablé con un médico conocido, quien me dijo que se la llevara. La examinó y declaró que era preciso tratarla lo antes posible; se mejoraría en seguida; cuestión de días. La llevamos al Instituto de Rádium, le hicieron una aplicación y murió a los dos días. ¿Qué pasó? Nunca lo supe. ¿Qué hacer? Escribí a mi amigo una larga carta y me llevé a sus hijos para mi casa. Yo tenía tres niños; reuní siete chiquillos. Por suerte vivíamos en una casa grande, en la calle que se llamaba Avenida Central y que hoy lleva el nombre de Doctor Johow, en Nuñoa. Allí murió, muy poco tiempo después, María Baeza. Era una casa que nos agradaba y muchas veces pensamos comprarla, pero valía ciento quince mil pesos y no pudimos, ni aun juntando nuestros dos sueldos, comprarla por medio de nuestra caja de previsión. Jeria me escribió y la cosa siguió así hasta unos meses más tarde, en que fue trasladado a Lima, Perú. Los niños se reunieron allá con él. Regresó después a Chile y trabajó, primero en Santiago, luego en Concepción y Temuco o al revés, se casó de nuevo, tuvo otro hijo y finalmente se estableció en Santiago. Por los días en que escribo estas líneas está jubilado, aunque siempre piensa en instalarse con alguna tiendecita que le permita vender máquinas Singer. Máximo Jeria fue el hombre que copió a máquina, en Buenos Aires, el primer cuento que escribí, "Laguna". Es uno de los hombres más finos que he conocido, de gran sensibilidad y de una cultura literaria bastante amplia. Gran conversador, oírle contar su vida era para

mí un deleite y lo es para cualquiera. Dos de sus historias están, aunque muy estilizadas, reproducidas en este libro. Es uno de mis más estimados colaboradores. De los demás personajes de esa primera parte tienen visos de realidad Nicolás, el falsificador de billetes, a quien conocí y cuya historia oí contar; Víctor Rey y El Manco Arturo, ladrones de carteras, también conocidos; Bartola e Isaías, pareja que traté, siendo niño, en Buenos Aires. Todos están muy compuestos. Los demás, el ladrón que cuenta la vida del agente Victoriano Ruiz, El Mulato Pedro y los cuatro hermanos, son ficticios. Victoriano Ruiz, personaje compuesto con los recuerdos de algo que oí contar alguna vez, tiene también algunas hebras de realidad. En el capítulo de la cordillera —que hasta la séptima edición de este libro estaba incorporado a la segunda parte, y que en *Obras completas* fue corrido hacia el final de la primera— no hay ningún personaje real. Todas son composiciones, más bien dicho, el capítulo es una composición de grupo.

En la parte segunda aparecen Jeria, que cuenta la segunda de sus historias, “El azarcón” —compuesto con algunos rasgos de un pintor que trabajó conmigo en mi juventud— y el hombre a quien roban un reloj de oro en uno de los calabozos de la Sección de Detenidos, escena y personajes auténticos. El motín que se describe ocurrió en Valparaíso en 1914 o principios de 1915, no recuerdo exactamente, y lo que ahí le sucede a Aniceto Hevia es exactamente lo que me ocurrió a mí, con la diferencia de que yo no enfermé: después de doce días de detención fui puesto en libertad.

En la tercera y cuarta parte no hay personaje alguno que corresponda a otro real. Todos los individuos y las acciones son ficticios o a lo sumo composiciones o desfiguraciones. El Filósofo, Cristián y Esperanza, así como el marido de Esperanza y El Lobo, son creaciones hechas con rasgos tomados aquí y allá. El Filósofo es el retrato, bastante ampliado, de un pintor que conocí en mi juventud; Cristián el de un ratero que cierta vez vi en la Sección de Detenidos de Valparaíso —el que vi allí era peor que el mío: tenía una pierna de palo, lo que es casi inverosímil en un ladrón ordinario—, y Esperanza es el vago

recuerdo de una mujer a quien traté recién llegado a Chile, mujer de un carpintero anarquista, amigo mío, a quien aprecié mucho y que murió por esos mismos días. Su mujer, un ser muy suave y dulce, quedó con un hijo. Tuvo amores con un joven anarquista; el joven anarquista fue condenado, por andar con explosivos, a tres años de presidio —por esos años todavía existía el presidio en Santiago, en el lugar que hoy ocupa la Escuela de Ingeniería—, y ella, no sé gracias a qué extrañas combinaciones, se convirtió en la amante de un ladrón llamado Atilio, espantoso ser, ordinario y cuchillero, con quien la encontré, años después, en Osorno. Ignoro qué destino tuvo su hijo, a quien mi madre recogió un tiempo en la pieza en que vivíamos y que luego fue entregado a un señor de Valparaíso, que se hizo cargo de él. Todos ellos, sin embargo, parecen corresponder a símbolos, no porque yo lo quisiera así sino porque así resultaron concretados por quién sabe qué combinaciones de pensamientos y sentimientos. Alfonso Echeverría es, me parece, la imagen del hombre que subsiste merced a su humor y a su profundo sentido y conocimiento de la vida; es la posibilidad de vivir con humor y sabiduría; Cristián es la imposibilidad de vivir sin humor y con ignorancia —que él no ha pedido—; Esperanza es la generosidad femenina, la mujer del pueblo, chilena, española o universal, que se conforma con su suerte; El Lobo, por fin, que se parece un poco a un pescador de ese apodo que durante un tiempo fue alcalde de mar de la caleta de El Quisco, es el hombre que sabe que está, sobre sus pies, encima de la corteza de un planeta llamado Tierra.

Durante varios años trabajé, sin darme prisa, en esta novela. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rehice e hice, armé y desarmé. Escribí en mi casa, en la de Pablo Neruda y en la de Alfonso Leng —en Isla Negra—, en donde pude. Entretanto me casé con Valeria López Edwards y la vida se me hizo más tranquila y más agradable, aunque era tan pobre como antes, aunque, por suerte, igualmente trabajador. Los capítulos se fueron uniendo a los capítulos y cuando menos pensé vi que tenía una novela de más de trescientas carillas. Nunca había

escrito tanto. Y aquí debo confesar que el resultado no fue, exactamente, lo que yo quería, no en el sentido de la historia, que era la que me había trazado, más o menos, desde el principio, sino en la expresión. Quise hacer algo más denso, había querido hacerlo, escribir de modo más apretado, quizá si más caudaloso. El primer capítulo y dos o tres de los que hay en el libro son lo que quise. Pero, no sé por qué, me abrí, lo que tal vez fue un error, aunque no me abrí para hacer concesiones sino mas bien porque no fui capaz de seguir el tren o porque no poseía los recursos necesarios para presentar variaciones en la expresión. Me pareció, por otro lado, que no había más recursos y la verdad es que no los he visto en otros escritores (después, por supuesto). ¿Debí profundizar más los estudios de caracteres, utilizar en más profundidad los recursos? Es posible, pero no lo hice, tal vez porque temí caer en algo confuso, confuso para mí mismo, o monótono. El monólogo interior, el regreso en el tiempo, la digresión, la corriente de la conciencia, los pasos entre un hecho y otro, y de la primera a la tercera persona y viceversa, son, sin duda alguna, preciosos recursos, pero no creo que se pueda hacer un libro únicamente para mostrar que se los domina o que hay muchos; es necesario cuidar también del asunto. Creo que el equilibrio entre el tratamiento de un asunto y el asunto mismo es lo que el escritor, el novelista sobre todo, debe buscar. Cualquier preferencia o unilateralidad le puede ser funesta y eso es más fácil que ocurra en la novela. El paisaje es demasiado amplio, a veces hay que mirar muchas cosas a un mismo tiempo y cualquier descuido o prescindencia causa una pérdida irreparable. De todos modos, varias veces me he preguntado: ¿cómo resultaría una novela escrita en la forma en que está escrito, en *Hijo de ladrón*, ese capítulo llamado de la herida? Es cuestión de intentarlo y ver, y no he perdido las esperanzas de hacerlo.

Por fin, al final del año 1950, di por terminado el libro. En esos mismos días la Sociedad de Escritores, en colaboración con una editorial santiaguina, abrió un concurso de novelas y decidí presentarme. Dos amigas, Carla Cordua y Frida Trumper, se ofrecieron para copiarlo. Lo repartí entre las dos, recibí a su

debido tiempo una enorme cantidad de copias, muy desiguales pues en tanto que una de las copistas no dejó margen algun(por ningún lado de la carilla, la otra, más rangosa y con ma práctica, los dejó de ajeme, y me fui a mi casa de El Quisco, en donde las dividí entre alguno de mis hijos, una hermana de María Baeza, llamada Irma, sus hijos, Sergio y Alicia, Consuelo Silva, hoy cirujano, y Gloria Domínguez, y me dediqué a corregir. Leía en voz alta, indicaba los errores, oía las observaciones de todos y de cada uno —gracias a ellos la novela salió con menos palabras gruesas de las que le había puesto— y en tres o cuatro días despachamos el trabajo. Me vine a Santiago y mandé a la Sociedad de Escritores las tres copias que se pedían.

A los dos o tres meses apareció en los diarios el resultado del concurso: el premio se daba al escritor Joaquín Ortega Folch, por su novela *Infierno gris*. Pero el jurado no se limitó, como es corriente, a dar el nombre del autor y el título de la obra; agregó consideraciones y juicios sobre algunas de las otras novelas presentadas al concurso, entre ellas la mía y una de Joaquín Gutiérrez, *Puerto Limón* (el jurado estaba compuesto por Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero y Eduardo Barrios). Con gran sorpresa me enteré, gracias a ese juicio, de que mi novela, que llevaba el título de *Tiempo irremediable* y el seudónimo de Torestin, palabra sacada del nombre de un hotelucho que aparece en la novela *Canguro*, de D.H. Lawrence (*to rest in: quédate aquí*), era una obra procaz y sólo el proyecto de una obra de ese género. Juzgué infantil replicar, siempre lo he juzgado así, y fui a recoger las tres copias. Poco después partí, con Valeria, Patricia Echeverría y René Mesa Campbell, hacia una casa que este amigo tiene en las orillas de la laguna de Vichuquén. Era febrero. Allí, entre un paseo en bote, un lance de la red para ver si salía alguna lisa, un baño y alguna excursioncilla por las solitarias riberas de la laguna, volví a leer la novela, hice algunos cambios, la copié de nuevo y a mi vuelta a Santiago la llevé a Zig-Zag. La rechazaron, es decir, la rechazó José María Souvirón, director de la sección editorial, y entonces la llevé a Nacimiento, que la aceptó. Me pidieron, sin embargo, que pensara en un cambio de título; el que tenía era muy abstracto, y Enrique

Espinosa me insinuó el de *Hijo de ladrón*. Lo acepté y poco después de mediado el año 1951 la novela salió a la circulación.

No fue mal recibida y dio motivo para que Alone escribiera dos o tres artículos que provocaron respuestas de Carlos Préndez Saldías. ¿Por qué se había premiado *Infierno gris?*, era la pregunta del crítico. Intervinieron otros escritores, los periodistas hicieron entrevistas, los ánimos se agriaron y finalmente Carlos Préndez retó a duelo a Alone. El crítico contestó la carta de desafío con mucha gracia y dignidad y ahí terminó todo. Entretanto yo había partido de viaje en Compañía de Enrique Espinosa, viaje durante el cual visitamos Colombia, Miami, Cuba y Puerto Rico y estuvimos unos días en Panamá.

Más o menos dos años después el profesor francés M. Robert Bazin, autor de una *Historia de la literatura hispanoamericana*, me escribió desde Montevideo solicitándome autorización para traducir al francés *Hijo de ladrón* y buscar un editor. Le di autorización y meses más tarde recibí una carta de la gerencia de Editions du Seuil, de París, ofreciéndome contrato para publicar el libro. Firmé y me dieron un anticipo. Hasta este momento, sin embargo, el libro no ha sido publicado. Durante años ignoré el porqué. Por fin, como respuesta a una carta mía, otro gerente de aquella editorial me explicó el motivo: *Hijo de ladrón* tiene dos tonos, uno cuando se cuenta la vida de Aniceto Hevia adolescente y otro cuando narra la de Aniceto Hevia niño. Esta dualidad de tonos, que fue advertida en Chile por Juan de Luigi y otras personas, no tiene, al parecer, gran importancia en español, pero sí la tiene y muy grande en francés: en este idioma resulta más evidente y llega a ser molesta; un lector galo no la aceptaría. (Esto lo supe hace poco, en momentos en que había empezado a armar este libro. En cuanto lo termine dedicaré unos días a la solución de ese problema). El asunto me hizo pensar en el porqué de esos dos tonos. Una respuesta es que se debe, seguramente, a un descuido mío. No le di importancia a lo que no toma parte de mi infancia —que en el libro es la de Luis Hevia— y la narré en cualquier forma. Otra podría ser la de que esa parte debía ser contada tal como está, ya que correspon-

de al estado mental de un Aniceto Hevia todavía niño ve las cosas de diferente manera. Pero no sé hasta qué punto estas respuestas son verídicas o pueden serlo.

Por la misma época en que recibí la primera carta de Robert Bazin, recibí otra, de un editor norteamericano. Al ver el membrete pensé, medio en broma: por fin, aquí está la fortuna, la gloria, la locura, el acabóse. El director — propietario de Library Publishers, de New York —, solicitaba autorización para traducir y publicar *Hijo de ladrón* y ofrecía cien dólares por toda recompensa, por todo el derecho. Me hice leer la carta por amigos americanos, por si mi mujer, que sabe inglés, no hubiese traducido correctamente: Si, te ofrece sólo cien dólares y no recibirás un solo centavo más”. Primero me dio rabia, después me dio risa (en aquellos días el dólar valía noventa pesos chilenos, de modo que lo que recibiría serían sólo nueve mil pesos), después me dije: ¿qué importa que te pague cien dólares o diez dólares? Lo interesante es la traducción. Tras mucho regatear le saqué doscientos cincuenta, autorizándolo para buscar traducciones y ediciones en cualquier lengua que no fuese la española y ofreciéndole el cincuenta por ciento de los derechos de las ediciones que consiguiera. Apareció el libro bajo el título de *Bonz guilty*, ‘Nacido culpable’, y recibí algunos ejemplares: el editor reprodujo, sin pedir permiso, la carátula con que fue publicado en Nacimiento; peor aún, le borraron la firma del autor, Mauricio Amster. Escribí, diciendo que debían pagar; contestaron que no; Mauricio Amster escribió también: nones.

Casi simultáneamente con todo esto y gracias a las indicaciones del novelista cubano Enrique Labrador Ruiz, por una parte, y de otra las gestiones de una agencia de Buenos Aires, se consiguió una edición en Austria y otra en Italia. Cometí la estupidez de comunicarle al propietario de Library Publishers, para que no perdiera su tiempo, la noticia de estas ediciones, y a vuelta de correo recibí una carta en que me decía que, según el contrato, debería enviarle la mitad de los anticipos que había recibido. Discutimos por carta, me amenazó y entonces, valiéndome de mi amigo Darwin Flakol, le escribí, en inglés, una carta diciéndole lo que pensaba de él; al mismo tiempo, envié copias

de la carta a una institución que agrupa a los agentes literarios y editores y otra a una sociedad de escritores. Mi amigo Roberto Marchant, a quien recurrí, me dijo poco después que la editorial había cerrado sus puertas, que su director había huido dejando una cuantiosa deuda y que los libros se repartirían entre los acreedores. Antes de desaparecer, sin embargo, Library Publishers consiguió una edición en Londres, con la firma Gollanez.

Pero todavía queda, como diría un español, el rabo por desollar.

Un día entre los días recibí una carta de Jean-Marie d'Amat, agente literario de New York; solicitaba que lo tomara como mi representante y me pedía el diez por ciento de los derechos si los libros cuya edición conseguía se publicaban en Estados Unidos y el veinte si la edición se hacía en otros países; contesté que bueno. Este hombre, a quien conocí después en New York, consiguió una edición en Portugal y otra en Suecia, ediciones que no me comunicó y de las que nunca recibí un centavo de los anticipos o de los derechos. Parece que también, como el propietario de Library Publishers, quebró y huyó. Un cheque que, según él, representaba una parte de los derechos ingleses y que me dio en New York en 1958, resultó, según Eduardo Schijman, a quien se lo mandé para que lo cobrara, no pertenecer a ningún banco conocido: era un falso banco perteneciente a Jean Marie d'Amat, que había cambiado su firma por la de Juan Amato. Es hijo de un tenor italiano.

La misma persona que tradujo al alemán mi novela, consiguió una edición en Yugoslavia. (La traducción fue hecha del alemán al yugoslavo. Por suerte no sé yugoslavo. Los derechos están depositados en un banco de Belgrado. Es cuestión de tomar un avión e ir a cobrarlos).

La novela está escrita en primera persona y constituida por cuatro partes que en la primera y tal vez segunda edición tuvieron títulos; fueron suprimidos; no significaban nada. Se han hecho después, también, algunos agregados y algunas supresiones, no muchos ni muchas. Al editar las *Obras Completas* corregí

definitivamente el libro y traslade los capítulos XIII, XIV, XV, XVI Y XVII de la segunda parte al final de la primera.

Alguien insinuó, a raíz de la polémica suscitada por Alone, que la novela publicada por Nacimiento no era la que se presentó al concurso. En la Sala Chilena de la Biblioteca Nacional deposité una de las copias conocidas por el jurado de ese concurso. En ella se puede ver que, sustancialmente, la novela es la misma. No hay cambios en la expresión, que se conservó idéntica, y si hay algunos pequeños cambios en la estructura ello no significa, a mi juicio, una novela diferente: es la misma.

En la Primera Parte hay, actualmente, dieciocho capítulos, identificados por números romanos. En el I Aniceto Hevia sale de la cárcel de Valparaíso. En el II recuerda, primero, que tuvo en esa ciudad un amigo que no nombra ni presenta, y segundo, cómo entró a Chile. En el III confiesa que es argentino, aunque nadie se lo crea, ya que no tiene pasaporte ni certificado de nacimiento. En el iv asegura que no tiene a quién escribir para pedir ese certificado y habla de su familia; nos enteramos de que es hijo de un ladrón nocturno, especializado en joyas. En el cuenta cómo, en cierta ocasión en que la policía buscaba a su padre, que no estaba en la casa, llevó detenidos a su madre y a él; cómo pasaron los dos la noche en una comisaría y cómo, al día siguiente, fueron llevados a la Dirección de Investigaciones, separándolos. Queda, solo, en un calabozo en donde hay varios presos que le preguntan por qué está ahí (tiene doce años):

contesta que es hijo de El Gallego. Mientras conversa siente, detrás de sí, caminar a alguien: son los pasos de su padre, que conoce mucho. Mira hacia el patio. Sí, es él. El padre lo ve y manifiesta sorpresa, pero disimula. Un momento después un gendarme viene a hablarle; su padre manda preguntar qué ha pasado, por qué está ahí. Cuenta lo sucedido y el gendarme se va, no sin decirle que si necesita algo lo haga llamar. Otro gendarme lo lleva a una oficina en donde un empleado le toma las impresiones digitales y lo identifica. El empleado conoce a El Gallego y habla con él. Vuelve al calabozo; los presos hablan de sus respectivos asuntos. Sigue el VI: un ladrón cuenta la vida de Victoriano Ruiz, un agente de policía que después de ser, duran-

te muchos años, un detective ejemplar, cae en la venalidad: recibe dinero de los ladrones y los deja robar en la estación de ferrocarriles que está bajo su custodia: es denunciado y tiene que retirarse. Termina el capítulo cuando Aniceto y su madre son puestos en libertad. En el capítulo VII vuelve a Valparaíso y narra cómo, unos días atrás, conoció, a orillas del río Aconcagua, a un joven vagabundo de quien se hizo amigo y con quien llegó a esa ciudad. Lo describe y presenta. En el VIII habla del río y cuenta la historia del primer viaje que su amigo hace al abandonar la casa familiar: se hace marinero de la Armada, deserta en Punta Arenas, trabaja allí como agente de policía y cuida a un loco; se embarca en un barco de guerra uruguayo y desembarca en Montevideo; se traslada a Buenos Aires; vive allí un tiempo y por fin regresa a Chile. En el IX muy breve y entre paréntesis, habla del río, que se acerca a su desembocadura en el Pacífico. En el X, el XI y el XII Aniceto recuerda su vida familiar, su infancia, esa vida que no puede contar a su amigo; muere la madre y los cuatro hermanos y el padre pretenden seguir viviendo como antes, pero no pueden: el padre sale una noche a robar, lo toman preso y el hogar se deshace. Aniceto ve cómo el hermano mayor se va hacia Brasil y cómo los otros dos, que han salido una mañana, no regresan a dormir. Se siente abandonado y se refugia en casa de un matrimonio conocido; lo tratan mal y huye; en una estación de ferrocarril un grupo de individuos que marchan, hacinados en un vagón de carga, hacia la cosecha del maíz, lo invitan a subir; sube. En el XIII cuenta que volvió a su casa y encontró a gente desconocida: su familia, su hogar, han desaparecido, y se va; atraviesa la pampa a pie y a escondidas en los vagones de carga, acercándose así a Mendoza. Parece ir hacia Chile, país en donde nació su madre. En el XIV, XV, XVI XVII y XVIII describe su vida en la cordillera, a donde ha ido a trabajar con un grupo de hombres que están acampados cerca de la estación de Las Cuevas del Ferrocarril Trasandino. Termina la Primera Parte.

Sí se examinan los tiempos en que ocurre todo esto se ve que hay varios: el presente, cuando Aniceto sale de la cárcel; el pasado lejano, su infancia; el pasado reciente, la cordillera y su

amigo. Hay otro más: el tiempo desde el cual habla el personaje, un tiempo que, de pronto, en algunos capítulos, se hace presente. No hay, pues, sujeción a un tiempo cronológico regular y se pasa de una persona a otra, primera, segunda o tercera, sin aviso ni preparación. Ya se dice en el capítulo I: “Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar como pudiera hacerlo un metro línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y toma a veces los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada”. (¿Cuándo escribí estas líneas: al empezar la novela, al terminarla? No lo recuerdo).

La Segunda Parte tiene actualmente doce capítulos (hasta la séptima edición tuvo diecisiete). En el se vuelve al de la Primera Parte, cuando Aniceto sale de la cárcel; recuerda su prisión y piensa hacia dónde podrá ir; no tiene, en aquella ciudad, casa alguna a que llegar, amigos ni conocidos. Se dirige hacia el puerto; es un buen lugar, puede hallar trabajo, aunque, convaleciente de una pulmonía, no podrá trabajar en faenas pesadas: al toser escupe sangre, tiene una herida en alguna parte, no sabe dónde; recuerda sus noches en los albergues del puerto y camina desorientado. El capítulo II está entre paréntesis y cursiva y es el conocido entre los lectores por el nombre de “la herida”, un monólogo en que Aniceto expresa su estado y sus sentimientos, haciéndolos extensivos a seres que ha conocido y a otros que, aunque no conoce, han vagado o vagan en condiciones semejantes. En el III llega, después de atravesar el barrio del puerto y las bodegas de la aduana, a la caleta de El Membrillo. Describe lo que ve, entre ello a dos hombres que vagan por la playa en actitud de recoger algo. Allí se queda. (En 1927, en circunstancias que realizaba, con una compañía de teatro, una gira por el norte de Chile, llegué al pueblo de Chañaral, que poco tiempo atrás había sido azotado por un fuerte temblor y maremoto. Las olas llegaron hasta el cementerio cercano a la playa, y destruyeron tumbas y mausoleos, dejando, en algunas partes, restos humanos al descubierto. Ignoro qué pudo haber

en esas tumbas tumbas y en esos posibles mausoleos pero el hecho es que, mientras paseaba un día por la playa con una persona del lugar, vi a dos individuos hacer exactamente lo que se describe en este capítulo. No parecían, ni de cerca ni de lejos, arqueólogos, y pregunté a mi acompañante qué recogían: me contestó que recogían cosas no especificó qué cosas eran— que el mar había sacado de los sepulcros, quizá recuerdos dejados por los parientes de los fallecidos. Aquello me asombró mucho; no me pude imaginar que en las tumbas de un pueblo como aquél, tan abandonado, alguien hubiese dejado algo que valiese el trabajo de buscarlo entre la arena; cuando me imaginé al Filósofo y a Cristián decidí presentarlos en las condiciones en que vi a los de Chañaral). En el IV pasa al pasado reciente y recuerda a su amigo, que embarcó como tripulante de un barco de la C.S.A.V. El, Aniceto, no pudo embarcar: no tiene documentos que acrediten que está vivo y que es argentino. Va por una calle de Valparaíso, seguramente por el Almendral, recordándolo, cuando se ve envuelto en un motín que acaba de estallar, cargan los policías a caballo y tiene que huir, perseguido de cerca por uno que lleva una lanza. Corre. Al llegar frente a la puerta de entrada del conventillo La Troya, uno de los hombres, que ha huido antes que él, lo toma de un brazo y tira hacia sí, salvándolo del golpe del policía, que estaba a punto de alcanzarlo. Se incorpora al motín, más como espectador que como actor, y ve romper faroles y dar vuelta tranvías. Anochece. Han aparecido rateros y hay un altercado entre un grupo de ellos y otro de trabajadores que se oponen a que nadie robe: un obrero es herido en la cabeza y un ratero recibe un palo que lo derriba, se dan las sensaciones que produce a Aniceto aquella revuelta popular. En el V se describe el final del motín. Aniceto, cansado, llega a un trozo de calle llamado Pasaje Quillota, una de las entradas del cerro Barón, pasaje por aquella época lleno de bares. Compra una presa de pescado frito —es la última moneda que le resta— y mira cómo algunos individuos, borrachos, pelean con los policías. Describe, de pasada, lo que en ese tiempo se llamaba “cauce”, un canal abierto que corría por el centro de la avenida que está al pie de ese cerro, y los pequeños comercios que se

instalaban en las aceras de ese pasaje (en donde, un poco tiempo antes o después de esa acción, González Vera instaló un puesto de compraventa de libros usados, tal como lo cuenta en alguno de sus libros); describe también el interior de un bar. De pronto, enardecido, al ver que dos policías a caballo llevan, casi colgando, a un hombre con la cara llena de sangre —los policías le han pegado—, toma una piedra y la arroja contra uno de ellos. Lo detiene otro, que sale de alguna parte. Los capítulos VI y VII narran sus impresiones en el calabozo de la comisaría, el traslado a Investigaciones, identificación de los detenidos y las horas pasadas en un gran calabozo oscuro y lleno de gente. Termina cuando Aniceto, que pide a un gendarme que lo saque de allí y lo deje estar en el patio, recuerda a su amigo y le parece oírle contar su segundo viaje a la Argentina. El VIII está dedicado a esa historia: la estadía en Mendoza del joven vagabundo, su amistad con dos jóvenes chilenos que han viajado con él y que han descubierto una manera fácil de estafar incautos, los amoríos de esos jóvenes con dos prostitutas, su intervención ante la dueña de un prostíbulo para que entregue la ropa de una de las mujeres, su fracaso y su fuga. Al regresar a Mendoza se encuentra con uno de sus dos amigos: está en el calabozo de una comisaría, detenido mientras se averigua su actuación en el suicidio de la amante. El joven vagabundo, por su parte, está detenido por supuesto sabotaje en una obra en que trabaja. En el IX X, XI y XII se vuelve al tiempo cercano: Aniceto cuenta el interrogatorio a que son sometidos en el juzgado él y sus incidentales compañeros y cómo el juez determina procesarlo por un asalto que no ha cometido. Es enviado a la Sección de Detenidos. Describe los tipos que hay allí, el ambiente, el robo de un reloj de oro, el registro a que los someten los gendarmes y, por fin, su enfermedad.

En esta parte, tal como en la anterior, hay también varios tiempos, pero menos que en la otra: no hay recuerdos de infancia.

La Tercera Parte consta sólo de ocho capítulos. En el I se vuelve a la infancia, con los recuerdos de familia; y del hogar; se presenta un personaje que fue vislumbrado en el capítulo IV de

la Primera Parte, Pedro el Mulato, encubridor de ladrones, que llega desde Río de Janeiro a visitar, en Buenos Aires, a sus amigos. En el II se presenta a otro individuo, ladrón éste, que llega, enfermo, a refugiarse a casa de El Gallego. Se describe su estadía y enfermedad y las sensaciones que experimentan los hermanos al aparecer y desaparecer estos trashumantes seres. En el III regresa al presente, es decir, a la caleta de El Membrillo, adonde llegó en el capítulo III de la Segunda Parte. Presenta al Filósofo y a Cristián, un pintor perezoso y un ladrón frustrado, que son los hombres vistos caminando y recogiendo algo entre las arenas de la playa. Cuenta cómo se hace amigo de ellos. En el IV habla también de ellos, exponiendo las ideas de El Filósofo sobre el hombre y la comida. Almuerzan en un restaurante e intiman un poco más. La historia se continúa en el V, en donde Aniceto, invitado por El Filósofo, que es el que decide todo, va a vivir con ellos a la pieza de un conventillo; es su primer día y su primera noche en libertad. El VI y el VII están dedicados a la vida de estas tres personas: conversaciones, observaciones, reflexiones. Al final del VI Aniceto recuerda a una mujer que conoció en Mendoza. No supo quién ni por qué lo miraba. En el VII presenta a una vecina, la señora Esperanza, quien, en la mañana, cuando se disponen a irse, los invita a tomar desayuno. Es casada con un carpintero y tiene dos hijos. Hablan del carpintero, que es un buen bebedor y a quien a veces ven pasar y que una noche llega borracho, cae al suelo y se queda dormido. El Filósofo va a ayudar a Esperanza a levantar al borracho y en el momento en que Aniceto quiere ir también, Cristián que apenas habla una que otra vez, le hace señas de que no vaya. ¿Por qué? “Le gusta”, contesta. En seguida, y entre paréntesis, como algo que se cuenta después o que El Filósofo se confiesa a si mismo o a Aniceto, se conoce la historia de la mujer y del amor que El Filósofo siente por ella. El VIII empieza con las sensaciones que experimenta Aniceto al bajar, con sus compañeros, desde el cerro en que viven; no tienen ocupación ni obligaciones, son pobres y libres; habla de los pájaros de la bahía de Valparaíso y describe las expresiones de la gente que pasa al lado de ellos. Termina con la presentación de El Lobo, el alcalde de la caleta

de El Membrillo, una conversación que tienen con él, una invitación que les hace de comerse un atún, la comida de este pescado, la plácida digestión y la descripción de los pescadores que arriban con sus botes.

En esta parte el tiempo es más parejo, pues fuera del I y II capítulos, en que se vuelve al pasado lejano, lo demás está en tiempo presente.

La Cuarta Parte, la más breve de todas, consta sólo de dos capítulos, dedicados, los dos, excepto un trozo en que Aniceto recuerda cómo se aficionó a leer, a la vida de los tres compañeros: monólogos del Filósofo, recuerdos de Aniceto y silencios de Cristián. El Filósofo habla con Aniceto sobre la vida y mentalidad de Cristián y el deseo que tiene de mejorar su condición: quisiera hacer de él otro hombre. Pero Cristián se resiste. Cuando El Filósofo habla de ir a trabajar a algún balneario, se niega a ir y hace una tentativa para salir del callejón en que está encerrado: va a robar, pero lo sorprenden y le dan una terrible paliza. Llega a la pieza al amanecer y pasa horas afirmado sobre la mesa: le han roto los labios, hinchado los ojos, escupe sangre y muelas. El Filósofo pretende hablar con él, pero Cristián, que odia la piedad, lo rechaza. Recurren a la señora Esperanza, quien se acerca a Cristián y le habla con tal pura ternura que el desgraciado acepta ser curado, en tanto llora, conmovido por el desinteresado amor que se manifiesta en la voz de la mujer. Mejorado Cristián, Alfonso Echeverría anuncia que ha conseguido trabajo, un buen trabajo, para los tres: se irán el sábado. Cristián calla. Llegado el día, Aniceto y su amigo parten. Cristián mudo, mirando hacia otra parte, queda afirmado en un muro. Cuando los dos hombres están a unos cincuenta metros, a punto ya de desaparecer, oyen el grito de Cristián: “¡Espérenme!”.

“Cuando se nos juntó, reanudamos la marcha”. Termina el libro.

El traductor alemán tituló esta novela: *Wartet, ich komme mit*: “Espérenme, voy con ustedes”.

Recuerdo ahora que el ladrón que vi en Valparaíso se llamaba Cristián. Le llamaban “El cojo Cristián”.

En total, *Hijo de ladrón* tiene cuatro partes y cuarenta capítulos. De ellos, sólo doce se refieren al tiempo presente, o sea, la salida de Aniceto de la cárcel, el conocimiento de sus amigos en la caleta de El Membrillo, su vida con ellos y su ida a algún lugar que no se menciona. El pasado reciente, su amistad con el vagabundo, su llegada a Valparaíso, el motín, la detención, Investigaciones y la cárcel, ocupan veintiuno. El pasado lejano, su infancia, su familia, los amigos de su padre, la muerte de la madre y la disolución del hogar, toman siete capítulos. De todos ellos, el amigo de Aniceto ocupa dos que se incluyen en el pasado reciente.

Autobiográficos no son, en sentido estricto, más que una parte del I de la Primera Parte, cuando se cuenta cómo Aniceto entró a Chile y casi el total de los que van desde el IV hasta el XII de la Segunda Parte, con excepción del VIII, que está dedicado al amigo. En esa época estuve dos veces preso y las dos veces una después de otra: la primera una tarde en que estaba con varios amigos y en un cerro que no recuerdo, en la pieza de uno de ellos. No bebíamos ni hacíamos escándalo, sólo cantábamos. De improviso, como mágicamente, aparecieron en la pieza varios policías que, sin dar ninguna clase de explicaciones, nos llevaron a una comisaría (es lo que cuenta uno de los hombres en el capítulo VI de la Segunda Parte). Nos condenaron a cinco días de detención o a cinco pesos de multa (era la condena que se daba a los ebrios). Con Francisco Pezoa, el poeta popular autor de la famosa canción titulada “La pampa”, cumplimos los cinco días en la Sección de Detenidos. Nos divertimos mucho: dormía en la tarima común, al lado nuestro, un chino preso por estafa, por incendio o por contrabando, no lo supimos; pero si supimos que recibía dos veces al día grandes portaviandas llenas de comida; pero no comía. Nos dijo, agarrándose el escuálido vientre, que estaba “enfermo” y nos rogó que, por favor, nos comiéramos esa comida sería una lástima que se perdiera. Por supuesto, no se perdió. Durante cinco días comimos como popes y creo que abandonamos la Sección de Detenidos con varios kilos más de peso. Por desgracia, adquirí ahí una sarna que me duró mucho y que me hizo sufrir bastante.

La otra detención está narrada en la novela y ocurrió, como he dicho, pocos días después de cumplir la primera. Ya tenía entrenamiento Pero el chino no estaba